

CRISTINA

(BOSQUEJO DE UN ROMANCE DE AMOR)

POR

DANIEL MUÑOZ

—)o(—

IV

Ocho días permaneció Alberto en cama desde el grave accidente que había conternado á los que asistieron á la comida en casa de los Peña. La enfermedad se manifestaba ya de una manera franca, sin dar motivo ni á las más remotas dudas sobre su carácter y gravedad. Cumplíase en Alberto la ley de herencia con implacable rigor. Su madre había muerto tísica también, solo que en ella el mal se había desarrollado lentamente, agravándose y aliviándose con alternativas, pero destruyendo siempre, cavando el microbio sus cuevas en los pulmones como mina la carcoma en la madera, sigilosamente, sin dejar ver nada en la superficie, hasta que llega un día en que destruidos todos los tejidos queda todo reducido á polvo.

En Alberto, la tisis no avanzaba con esas cautelas è hipocresías. Incubada en su organismo por la trasmisión hereditaria, había esperado pacientemente el desarrollo de su víctima, y se había presentado de repente, como un invasor seguro del triunfo, hiriendo y destruyendo á cara descubierta, como quien no teme la resistencia. En menos de cuatro meses se había enseñoreado de toda la vitalidad de Alberto: había agotado primero la sávia de la nutrición, después había entorpecido los órganos de la respiración, y considerando todavía morosa su

obra, la precipitaba haciéndole arrojar la sagre que alimentaba su existencia.

Cuando se levantó Alberto, parecía que había pasado por él todo un año de sufrimientos. Tenía el rostro demacrado, hundidos los carrillos, la nariz afilada y las orejas transparentes. La ropa le colgaba en el cuerpo como en una percha. La vida se había reconcentrado en los ojos, que brillaban dentro de sus profundas concavidades sombreadas por un borde azulado.

Pero si el cuerpo estaba decaído, el ánimo estaba en cambio en el mas entero que nunca. Aquello no era nada: por el contrario, era una suerte haber tenido aquel vómito de sangre, porque así se había descargado de la opresión que lo fatigaba. Dentro de quince días estaría ya repuesto y podría empezar los preparativos de su casamiento.

Don Rafael, cuando le oía hacer esos proyectos, se violentaba por no dejar correr las lágrimas que se agolpaban a sus ojos. Decidido a no contrariar a su hijo en nada, le seguía sus gustos, y hasta tuvo la debilidad de acompañarlo a elegir los modelos de los muebles con que había de adornar su alcoba nupcial.

Alberto, a su vez, complacía a don Rafael, no saliendo de noche y y observando con puntualidad el régimen prescripto por los facultativos. Visitaba a Cristina de día, y a solas con ella esplayaba sus proyectos para el porvenir con febril locuacidad. Irtan a pasar la luna de miel a la estancia, y no volverían a Montevideo hasta la entrada del otoño.

—No te resientas, mi querida, le decía él con cariño, por el destierro a que te condeno. Confieso que soy un poco egoísta en esa exigencia, pero quiero vivir a tu lado sin que nadie nos moleste, libres de los cumplimientos sociales, y dueño de todo nuestro tiempo para que-
rernos. Nos casaremos a fines de Agosto e inmediatamente nos iremos para la estancia. Figúrate que el otro día me dijo mi viejo que él también nos acompañaría, pero yo le contesté que se dejase de pensar en tal cosa porque no se lo consentiría. Dice que es para cuidarme. ¡Como si yo necesitase cuidados! Y sobre todo ¿no estarás tú a mi lado?

Cristina lo oía con el corazón oprimido por la pena, y no se atrevía a contestarle una sola palabra, temerosa de que los sollozos de su voz tradujesen su aflicción. Era horrible su situación. Veía a su prometido aniquilándose por días, y acrecentaba su dolor oír los risueños proyectos que en su excitación fraguaba.

Entretanto, el invierno, aliado a la enfermedad, agravaba el estado de Alberto de una manera alarmante. El vómito de sangre había amnorado por algunos días todas las otras manifestaciones de la dolencia, pero poco a poco había reaparecido la tos, que era lo que más destruía al pobre joven. Volvió Alberto a su mal humor y displicencia por todo. La alimentación se le hacía repugnante; mortificábanlo los cuidados y suprimió toda medicamentación.

Don Rafael, desesperado, acudió nuevamente a Cristina, como única influencia bastante a dominar la caprichosa voluntariedad del enfermo; pero aun este recurso fué ineficaz. Empezó Alberto por agriarse cada vez que Cristina trataba de insinuarle la necesidad de que se atendiese, e insistiendo ella, acabó por retirarse un día bruscamente. Volvió al siguiente día, y a los dulces reproches que Cristina le hizo por su irascibilidad de la vispera contestó él con viva exaltación:

—Es que ya no se puede vivir tranquilo con estas impertinencias. Yo no tengo nada, absolutamente nada, y sin embargo todos se empeñan en que he de estar enfermo. Y voy a acabar por enfermarme seriamente si siguen así, pero va a ser de desesperación. No basta ya que en casa tenga que soportar los sermones de papá, y las majaderías de Centeno que le hace coro al viejo, sino que aquí, a tu lado, me han de molestar también con esas zonceras que me exasperan. No veo mas que caras tristes a mi alrededor: papá que apenas me mira un rato se pone a hacer pucheros como un niño, tus padres que me saludan como a un moribundo, y tú misma, con esa palidez y ese descaje que parece que me estás haciendo el duelo....

—Alberto....!

—¿Vas a decirme que no? ¿Crees tú que yo no observo lo que pasa? Donde yo entro se acaban todas las risas y todas las alegrías. Hasta tus hermanas se ponen serias cuando me ven. Ni que fuera yo un espec-

tro....! Tú estás enclaustrada como una monja, y hasta en tu traje lo pareces. Cualquiera diría que me están presagiando la muerte....

—No sigas, Alberto, por Dios....

—Sí, quiero seguir, porque quiero de una vez poner fin a esta situación desesperada para mí. A veces creo que tú eres la más empeñada en retardar el casamiento. Nunca me hablas de ese asunto y cuando yo te hablo, no me contestas nada. El señor Peña no me dice más que medias palabras, tu mamá parece que se disgusta cuando oye hablar de casamiento, y papá ha dado en la gracia de ponerse a lloriquear cada vez que le pido que me compre algo para el arreglo de la casa.

—Es que todos se interesan por ti, Alberto....

—Sí, bonito modo de interesarse, y se complacen en mortificarme. ¿Crees tú que a mí me engañas? ¿Crees tú que yo no sé que quieren retardar en todo lo posible nuestro casamiento so pretexto de que soy todavía muy muchacho? Yo ya lo he adivinado, y es por eso que pretenden hacerme creer que estoy enfermo. Y tú estas complotada con ellos también....

—Alberto....!

—No hagas aspavientos ni me contradigas porque sé bien lo que digo. Si no fuera así ¿porqué habías tú de mostrarte tan retraída conmigo, que cuando estoy a tu lado más pareces una víctima que una novia? Yo no soy un chiquillo para que juegue nadie conmigo, y si tú estas arrepentida de tu compromiso, dimélo no mas, con franqueza, que yo no....

Un golpe de tos interrumpió a Alberto, y quedó por largo rato fatigado. Cristina lloraba silenciosamente soportando con resignación las injusticias que contra ella profería aquel pobre tísico, exasperado por la fiebre que lo consumía. En esta situación los encontró el señor Peña, y dirigiéndose a Alberto le dijo:

—Adivino poco más o menos lo que ha pasado, y francamente, mi joven amigo, su proceder para con mi pobre Cristina es inesplicable. Hace días que vengo notando que despues de cada una de sus visitas queda esta niña llorosa y abatida, siendo así que ella vive consagrada a usted por completo, llegando hasta prescindir de sus padres que la adoran....

Cristina, al oír aquel justo reproche de su padre, lo abrazó prorumpiendo en amargos sollozos, como si se desahogase de una pena que la abrumaba. Alberto no se conmovió, y dando errónea interpretación al llanto de su prometida, tomó su sombrero y se dispuso a retirarse.

—Alberto, dijo el señor Peña, deteniéndolo, no creo que Vd. haya tomado a mal mis reproches, hijos de mi cariño paternal.

—No señor, yo sé bien cómo debo apreciar esta escena, y como nunca acostumbro a estar demás en ninguna parte, me retiro.

—Alberto sollozó Cristina desprendiéndose de los brazos de su padre.

Pero el joven no la oyo o no quiso oír, y salió apresuradamente. Al llegar a su casa tuvo un nuevo vómito de sangre, y quedó desfallecido. Cinco días estuvo postrado sin ánimo y sin fuerzas ni para incorporarse en el lecho. Don Rafael reunió en consulta a tres de los principales médicos, y estos resolvieron que era necesario mandar a Alberto a un clima más templado, porque el invierno le sería fatal.

Valiéndose de mil rodeos empezó D. Rafael a insinuar al enfermo la conveniencia de un viaje al Brasil, pero con gran sorpresa suya, a las primeras indicaciones contestó Alberto resueltamente:

—Precisamente eso es lo que iba a pedirle así que me sintiese algo mas fuerte. Quiero salir de Montevideo e irme a cualquiera parte, en la seguridad de que voy a curarme.

Cuando pudo levantarse, lo primero que hizo Alberto fué abrir un cajón de su escritorio, y sacar de él varios objetos y papeles, que empaquetó cuidadosamente, y llamando en seguida al criado, le dió orden de que lo llevase a casa de la señorita Cristina.

No esperaba esta aquella resolución, creyendo que la última escena había sido solo motivada por el estado de excitación en que se encontraba Alberto, pero cuando recibió los recuerdos que ella había dado a su prometido, cayó anonadada y permaneció durante largas horas en una

completa insensibilidad, sin dar mas señales de vida que algunos espasmos nerviosos.

Aquella noche visitò don Rafael à los señores de Peña con el objeto de indagar lo que habia pasado, y cuando lo supo, apesar del ciego cariño que tenia à su hijo, no pudo mènes que esclamar:

—Pero esa conducta de Alberto es injustificable!

—No acrimine usted à su hijo, don Rafael, contestò la señora. Nosotros somos los primeros en disculparlo, porque harta desgracia tiene el con su enfermedad para que todavia se le inculpe.

—Pobre hijo mio!

—No desespere usted aun. Es muy posible que el viaje à Rio Janeiro le sienta bien, y yo tengo la seguridad de que una vez repuesto, el volverà al lado de Cristina à quien quiere entrañablemente apesar de este aparente desvío.

En este sentido seguian conversando, cuando apareció en el dintel de la sala, como una sombra, Cristina, vestida toda de negro, con el semblante pálido, los ojos muy abiertos, y quedó allí parada, muda; parecia sonàmbula.

Levantàronse todos y salieron à su encuentro, y entònces ella, como si despertase de un sueño, diò un grito y se precipitó en los brazos de D. Rafael, llorando amargamente, con sollozos profundos, que arrancaron lágrimas à todos los que presenciaron la escena.

Don Rafael la oprimió sobre su pecho y la besaba en la frente, repitiendo con voz llorosa: Hija mia! hija mia! Poco à poco fuè Cristina calmándose, y cuando los sollozos la dejaron hablar preguntò dulcemente:

—¿Y Alberto?

—Està bien, hija, està en casa. Pronto vendrà à verte.

—No; à mi me engañan. Yo he soñado una cosa horrible, muy horrible. Quiero verlo, quiero verlo ahora mismo!

Y rompió à llorar nuevamente hasta quedar postrada en una crisis nerviosa.

Don Rafael se retirò con el alma traspasada de dolor, y al llegar à su casa encontrò à Alberto rodeado de cuatro amigos, à los cuales explicaba los proyectos que iba à realizar en su próximo viaje à Rio Janeiro. La fiebre continuaba alimentando su imaginacion, y à medida que su fisico se consumia en aquella destructora combustion, su espíritu penetraba más en el porvenir, descontando el tiempo con esa avidez de quien presente que no podrá disfrutarlo.

Parecia que habia olvidado à Cristina por completo, y à las preguntas que Centeno le hacia en la intimidad sobre su alejamiento de su prometida, contestaba con evasivas, como si le mortificase el recuerdo de su proceder. El mismo Alberto no se explicaba bien porquè habia dejado de ir à casa de Cristina. Reconocia que ella no le habia ofendido en nada, y à solas se confesaba de que la queria tanto como àntes, pero no se resolvía à volver à verla. No queria darse cuenta de que aquella displicencia era un nuevo sintoma de su enfermedad; todo le disgustaba, y solo se mostraba activo para hacer sus preparativos de viaje. Debía partir à fines de Junio y pocos dias faltaban ya para el de la salida del paquete.

Don Rafael habia de acompañarlo apesar de sus protestas. «Es una molestia inútil que Vd. se toma, papà, por mi. Yo puedo hacer el viaje solo perfectamente. Va Vd. à abandonar sus negocios y à mortificarse à su edad por un exceso de precaucion infundada, porque ya ve que ahora estoy muy bien y no necesito de nada.

—Està bien, hijo, le contestaba don Rafael para calmarlo, pero no seas tan egoista que quieras privarme de hacer un paseo. Te acompañaré en el viaje, me quedarè unos pocos dias en Rio hasta dejarte instalado y regresaré en seguida.

Por fin llegó el dia de la partida. Alberto estaba nervioso y ajitado desde por la mañana, y apresuraba à todos con febril impaciencia, como si temiese que un obstàculo imprevisto habia de interrumpir su viaje.

—Recien à las cuatro saldrà el vapor, le observaba don Rafael, asi es que no tienes por què apurarte; apenas son las once.

—Es que no quiero dejarlo todo para última hora. Estos paquetes de ultramar se van en cuanto completan su carga, y no es cosa de que

nos quedemos con las balijas prontas. Además el dia està tan sereno que convida à aprovecharlo para el embarque, no sea que por la tarde se levante viento y lleguemos à bordo mareados. Yo creo que à la una deberiamos ponernos en camino.

—Està bien, Alberto, por mi, estoy pronto à la hora que quieras; y al decir esto, el bueno de don Rafael fingia estar muy atareado en los arreglos, para ocultar las lágrimas que le humedecian los ojos. El no se hacia ilusiones sobre los resultados del viaje, porque comprendia que no habia en su hijo fuerzas para contrarrestar los avances del mal que lo consumia. La tuberculosis habia hecho estragos terribles, cuyas consecuencias no era difícil preveer apesar de la engañosa trègua que el mal parecia haber otorgado à su victima.

A la una, montò Alberto en el carruaje que en la puerta lo esperaba, acompañado de Carlos Centeno. Don Rafael habia salido momentos antes prestando algunas diligencias que tenia que hacer, pero con el propósito de despedirse de Cristina, paso que habia creido prudente ocultar à Alberto. Triste y desgarradora fuè aquella escena. Cristina abrazaba à don Rafael, lloraba desesperadamente, sin oir los pobres consuelos que le daban sus padres, haciéndole entrever la esperanza de que aquel viaje le devolveria à Alberto completamente restablecido.

Arrancòse don Rafael de los brazos de la desgraciada niña, impotente ya para resistir à la pena que lo afligia, y Cristina, al separarse de el, levantò sus humedecidos ojos, y fijàndolos en la puerla, diò un grito supremo, mezcla de dolor y alegria:

—Alberto!

Era Alberto, efectivamente. Al pasar por la esquina de la casa de Peña, habian revivido en el todos sus recuerdos, y sin poder contenerse, hizo detener el carruaje, subió rápidamente la escalera, y guiado por los sollozos de Cristina, se presentó en la pieza en que ella se encontraba acompañada de sus padres y de don Rafael.

Aquella súbita aparicion sorprendió à todos; à todos mènes à Cristina, à quien parecia que una intuicion secreta le habia anunciado que Alberto no partiria sin verla. Los padres se alejaron llorando, y quedaron solos los prometidos, mirándose estasiados en una muda contemplacion, diciéndose con los ojos todo lo que con los labios hubiera sido inagotable tema de sus conversaciones. Por fin Alberto rompió el silencio, pidiendo perdon por su desvío.

Cristina no lo dejó concluir. El habia tenido razon, toda la culpa era suya; era ella quien debía ser perdonado por las contrariedades que le habia causado. Pero no queria retardar el viaje, al contrario: si la queria, si en algo podia complacerla, debía realizar aquel viaje que era necesario à su salud. No lo olvidaria un momento, como el no la olvidaria à ella, estarian siempre juntos, unidos por el recuerdo.

Así permanecieron dos horas entregados à una dulce intimidad, borrados ya todos los recuerdos del último disgusto. Fuè necesario que D. Rafael se presentase en la habitacion en que se encontraban, y que en tono jovial dijese:

—Amigo, ahora me toca à mi apurarlo. Tenemos los minutos contados, y si hemos de embarcarnos hoy, no hay tiempo que perder. Parece que ya no estás tan impaciente como esta mañana!

Alberto sonrió y no diò otra contestacion que tomar la mano de Cristina, como sobrada justificacion de su demora.

—Yo los acompañaré hasta abordo, dijo ella con resolucion. Papà habia resuelto ir con Vd., y yo me agrego à la comitiva. En dos minutos estoy pronta.

Cinco minutos despues salieron los cuatro, en direccion al muelle Alberto y Cristina delante, y los dos ancianos detrás, regocijándose del feliz desenlace de aquel incidente que habia entristecido dos hogares por espacio de muchos dias.

• Un vaporcito los esperaba en la escalera del muelle, cargado ya con los equipajes, y momentos despues se desprendia de la costa, haciendo hervir el agua con los rápidos volteos del hélice.

Era una tarde plácida, fria y serena, franjeado el horizonte con celajes dorados. Desde el Cerro hasta la Aduana, el sol trazaba sobre el agua un riel de luz que ondulaba con contracciones de serpiente, y se rompía cada vez que cruzaba alguno de los vaporcitos del tráfico, dejando tras de sí una estela bullidora. Alberto, de pié, en la popa de la em-

barcacion que lo llevaba, miraba hácia la ciudad como dándole la despedida. Por momentos se volvía á Cristina y le sonreía con cariño. miéntras que ella, repuesta ya de la emoci6n que la reconciliaci6n le habia causado, volvía á su tristeza, impresionada por la demacraci6n que notaba en su prometido. Era triste aquella despedida: por un lado Alberto, lleno de ilusiones, hablando del porvenir como si lo tuviese comprado; por el otro, Cristina, presa de siniestros presentimientos, tratando de ocultarlos á aquel pobre visionario que á medida que se agravaba, más alejaba toda sospecha sobre la gravedad de su estado.

Así llegaron al paquete que iba á conducirlo á Rio Janeiro. El vapor hacia sus últimos aprontes. Por ámbos costados funcionaban los pescantes con estrépito, izando los bultos de carga, miéntras los lancheros contaban con voz mon6tona lo que iban entregando.

La despedida fué corta. Cristina se apresur6 á separarse de Alberto para desahogar el llanto que la oprimía, y cuando el vaporcito, de regreso ya, se separ6 del paquete, cay6 ella en brazos de su padre anegada en lágrimas. Alberto, desde la popa del vapor, agitaba su pañuelo en seña de despedida, y advertida Cristina por su padre, correspondió al saludo agitando el suyo.

El sol se ocultaba ya detras del Cerro entre celajes rojizos, y empezaban á brotar las brumas del mar envolviendo á la ciudad en gasas blancas, á traves de las cuales brillaban con resplandores de fragua los cristales de los miradores.

Poco á poco fueron las sombras invadiendo el paisaje, y cuando D. Rafael sac6 á Alberto de la contemplaci6n en que habia quedado desde que se separ6 de Cristina, solo se distingue la ciudad como un estrellado de luces amarillentas, que en la costa se retrataban sobre el mar con fulgurantes estelas.

El hélice del vapor agit6 ruidosamente las aguas, y un minuto despues, abria con su afilada proa una ancha herida en el lustroso lomo de nuestro gran estuario.